

LA FAMILIA, ÁMBITO DE CONFIANZA ORIGINARIA

JOSÉ MIGUEL GRANADOS TEMES
Facultad de Teología San Dámaso
Madrid

"El hombre se encuentra en un camino de búsqueda, humanamente interminable: búsqueda de verdad y búsqueda de una persona de quien fiarse. La fe cristiana le ayuda ofreciéndole la posibilidad concreta de ver realizado el objetivo de esta búsqueda" (FR 33c). En la presente comunicación pretendemos desarrollar brevemente esta enseñanza de la encíclica en una línea concreta, sintetizada en el enunciado de este trabajo. Lo haremos situándonos principalmente en el contexto del magisterio del mismo Juan Pablo II.

I. AQUEL QUE BUSCA

El hombre es descrito en el citado pasaje como un buscador radical: un ser dotado de intimidad personal y proyectado hacia fuera de sí mismo, en tensión de autotranscendencia; alguien que pregunta, que indaga el sentido del mundo, de la vida y de los acontecimientos; un sujeto orientado hacia el encuentro consciente con las cosas y con los demás.

El objetivo de esta búsqueda esencial a todo ser humano es doble, en conformidad con las dos facultades del espíritu humano: la verdad (captación intencional de la realidad), por un lado, y la relación de confianza con alguien, por otro¹. Pero ambas metas están estrechamente relaciona-

¹ Gracias a la razón la realidad puede estar presente en el interior del sujeto de un modo intencional por el acto de conocimiento. Gracias a la voluntad, el sujeto puede estar presente en el interior del otro de un modo intencional por el acto del amor. Cf.

das. El término logrado de esta aventura existencial de cada ser humano no es la mera indagación de la verdad de las cosas, sino también de la verdad de las personas. Y no simplemente para adquirir un conocimiento teórico, distante, sino para entablar una relación personal profunda².

Podemos hablar de la "interpersonalidad" de esta búsqueda: el hombre aprende (en el sentido más lato) fiándose de los demás (cf. FR 32ab); unos a otros nos ayudamos a descubrir el misterio y el sentido de la vida; conviviendo íntimamente nos educamos, es decir, cooperamos a desarrollar lo mejor de cada uno.

II. LA CONFIANZA FAMILIAR

En esta búsqueda de la verdad y de una relación personal de entrega el sujeto no parte de cero. No se trata de un caminar ciego desde una especie de abismo del absurdo o de la nada. Hay unos presupuestos, unos cimientos, unos puntos de partida. ¿Cuáles? "El hombre no ha sido creado para vivir solo. Nace y crece en una familia para insertarse más tarde con su trabajo en la sociedad. Desde el nacimiento, pues, está inmerso en varias tradiciones, de las cuales recibe no sólo el lenguaje y la formación cultural, sino también muchas de las verdades en las que, casi instintivamente, cree" (FR 31).

La familia es el hogar, el "ethos", del que cada hombre parte —por así decir— en su viaje para buscar su propia realización³; es la primera y primordial "escuela del más rico humanismo"⁴. La familia es la puerta

T. Melendo Granados, *Ocho lecciones sobre el amor humano* (Madrid 1993) 55-77.

² Si alguien renuncia a esta búsqueda deja de ejercitar su máxima capacidad de expansión y no vive la propia vocación conforme a su condición humana. Así ocurre con frecuencia, cuando antropologías reductivas —escepticismo positivista, hedonismo individualista, etc.— conforman las actitudes interiores. Entonces el horizonte expansivo del sujeto queda estrechamente mermado. La encíclica alude a la derivación posmoderna del racionalismo hacia el nihilismo en una progresiva reducción de lo humano hacia concepciones y comportamientos autodestructivos (cf. FR 46c, 81a, 90, 91c).

³ Recordemos la rica etimología del sustantivo griego "ethos": morada; hábito, costumbre; carácter, manera de ser, pensar o sentir; moral (cf. J. M. Pabón, *Diccionario manual griego-español* [Barcelona 171983] 282).

⁴ *Gaudium et Spes*, 52. Cf. *Gravissimum Educationis*, 2; *Familiaris Consortio*, 37;

entrada de cada hombre en el mundo. En ella adquiere cada niño las primeras evidencias y explicaciones de lo real, las primeras síntesis de sentido. La propia casa es el umbral y la estancia amable —el cuarto de estar— del contacto con el mundo y la sociedad. El ser humano no despierta a la autoconciencia en un medio hostil, deshabitado, caótico, sino en un ambiente humano, cálido, acogedor, que le facilita la comprensión gradual del entorno⁵.

Las relaciones familiares estructuran la personalidad del sujeto, la autocomprensión de su misma identidad⁶. En esa búsqueda de unos lazos de recíproca entrega y cordialidad la familia constituye el espacio primero de relaciones de confianza: es el ámbito donde cada sujeto humano experimenta una confianza "originaria"⁷, el lugar donde de vive una confianza "básica"⁸.

Carta a las familias, 16; C. Caffarra, "La famiglia come ambiente di crescita umana": *Anthropotes* (1994) 217-225.

⁵ "Nel caos, spesso incomprensibile e minaccioso, del mondo, i genitori introducono un centro che ordina il restante contesto mondano, e separano uno spazio, lo spazio abitato dalla loro presenza, in cui vige una disciplina, un ordine e un significato. In quello spazio, il figlio può avventurarsi senza paura, per familiarizzarsi con la realtà. Questo spazio non è caos ma cosmos. È uno spazio anche fisico (per esempio lo spazio della casa) ma è soprattutto uno spazio emotivo e spirituale" (R. Buttiglione, "Il ruolo della famiglia nella trasmissione della fede": *Anthropos* [1986] 61). "Fuori della casa familiare, caduto nel caos personale e sociale, l'uomo non è che un senza tetto: non sentendosi amato, non ama. Dimenticando la sua provenienza, perde la sovranità. Si presenta non con il cognome, ma con una prassi che lo trattiene nelle cose che gli sostituiscono la dignità che nel cognome si manifesta. Il suo 'sono', non essendo più divino, è vuoto" (S. Grygiel, "Dolce guida e cara". *Saggi antropologici sul femminile* [Milano 1996] 130s).

⁶ Cuando estas relaciones están viciadas por uno u otro motivo, fácilmente el sujeto humano puede padecer una desestructuración en la percepción global y en la configuración de su propia identidad. Cf. A. Polaino Lorente / P. Martínez Cano, *Evaluación psicológica y psicopatología de la familia* (Madrid 1998).

⁷ En sus catequesis sobre la teología del cuerpo, Juan Pablo II describía como "experiencias humanas originarias" aquellas primeras y básicas autocomprensiones del hombre. Así, por ejemplo, la experiencia de la uni-dualidad, del pudor, del significado esponsal del cuerpo, etc. Por su profundidad ontológica y psicológica estas experiencias fundamentales o radicales constituyen el sustrato de la percepción de la propia identidad y del *humanum*. Cf. *Audiencia general*, 12-12-1979.

⁸ "En la familia, el niño desde sus principios logra aquella confianza básica,

La palabra "confianza" —junto con otras de la misma raíz, como "fiarse, fe, fidelidad"— procede etimológicamente del verbo *fido*, *fissus sum*, y alude a la fijeza compartida: es estar fijo con el otro, estar mutuamente seguros el uno con el otro, el uno en el otro; es una relación fuerte, un nexo duradero, que permite afrontar los trabajos y peligros de la existencia con una actitud serena, apaciguada, porque uno sabe que no está solo, que hay otro que le apoya en todo momento, que le permanecerá siempre fiel⁹.

El ser humano no puede vivir sin fiarse de alguien; "no puede vivir sin amor"¹⁰. No puede crecer como persona sin amor y confianza. Tampoco puede entender la realidad si alguien no le ayuda, si alguien no le guía y lleva como de la mano. Y sólo el amor permite entender y adentrarse en lo hondo del misterio del ser y de la vida de las personas. El amor es, por tanto, la luz que permite comprender íntimamente la verdad de la persona propia y del prójimo, y la verdad de la relación entre ambos. Al ser amado y al amar el hombre puede entender de sí mismo y de los demás. Remedando a San Agustín podríamos afirmar: *Ama ut videas, ama ut intelligas*¹¹.

Pues bien, este ser humano encuentra en la familia el lugar primero, principal y ejemplar de las relaciones interpersonales de amor: "La familia es la única comunidad en la que todo hombre es 'amado por sí mismo', por lo que es y no por lo que tiene. La norma fundamental [...] es la norma personalística; toda persona (la persona del marido, de la mujer,

necesaria para que el ser humano se encuentre a sí mismo, sea capaz de confiar y confiarse, y así disponerse a arrostrar las dificultades de la vida" (A. Palenzuela, *La vida en Cristo* [Madrid 1998] 89).

⁹ Para una mayor comprensión del papel de la fidelidad en la estructura del amor humano, véase: D. von Hildebrand, *La esencia del amor* (Pamplona 1998) 383-404.

¹⁰ Cf. *Redemptor Hominis*, 10. Enseña aquí el Papa algo que podríamos denominar también "experiencia originaria y universal", a saber, que el sujeto humano no puede encontrar el sentido de su vida si no experimenta el amor. El hombre es constitutivamente un "ser con" los demás, un "ser para" los demás, en íntima relación de don recíproco (cf. *Mulieris Dignitatem*, 7). Cristo, al revelar en toda su grandeza el misterio del amor, revela al hombre el misterio de su ser, según la enseñanza del Concilio (cf. *Gaudium et Spes*, 22a). Por tanto, la revelación cristiana del misterio del amor corrobora y sublima la experiencia humana al respecto.

¹¹ Cf. V. Capánaga, *Pensamientos de San Agustín* (Madrid 1996) 97-100.

de los hijos, de los padres) es afirmada en su dignidad en cuanto tal, es querida por sí misma"¹². Consideremos brevemente algunos elementos y formas de esta confianza familiar tan fundamental.

III. CONFIANZA CONYUGAL

El matrimonio es la base y el principio de la familia. El pacto conyugal se origina y estructura desde una especial confianza recíproca entre un varón y una mujer. El "lenguaje esponsal del cuerpo"¹³ y del corazón ha sido "escrito" por el Creador "en el principio"¹⁴. Dicho lenguaje contiene la entrega de amor matrimonial incondicionadamente fiel y exclusivo, fecundo hasta la procreación, generoso y sacrificado. Es "pronunciado o releído" por los contrayentes verbalmente en el momento de la celebración. Después lo corroborarán expresándolo con sus actos, "todos los días" de su vida matrimonial.

Cada uno de los cónyuges, al darse a sí mismo —prometiéndose¹⁵ al otro y comprometiéndose con el otro— pone su vida en manos del otro,

¹² *Homilía para las familias cristianas*, Madrid, 2-XI-1982. Se trata de un desarrollo de la enseñanza conciliar citada de *Gaudium et Spes*, 24c. Entendemos que dice "único" porque se refiere a un sentido amplio de la categoría "familia": toda relación de amor auténtico sería análogamente una relación humana familiar. Así, por ejemplo: "Habrá paz en la medida en que toda la humanidad sepa descubrir su originaria vocación a ser una sola familia" (*Mensaje para la Jornada mundial de la paz del 1-1-2000*).

¹³ Sobre el sentido de este sintagma, véanse: *Audiencias generales*, 16-1-1980; 5-1-1983.

¹⁴ Sobre el sentido teológico de esta categoría, véase: *Audiencia general*, 2-4-1980. Una profunda reflexión teológica sobre la polaridad de las relaciones conyugales puede encontrarse en: A. Scola, *Il mistero nuziale*. 1. *Uomo-Donna* (Roma 1998).

¹⁵ "El hombre no puede dar toda su vida en ningún momento por la sencilla razón de que no hay ningún momento en el que la tenga. No dispone nunca de ella toda a la vez, sino sucesivamente, y por eso no puede darla de una vez, sino sucesivamente. Por eso su modo de darla es prometerla. Pero la promesa no es un sentimiento espontáneo, es una reflexión, y, más en concreto, un reflexión de la voluntad mediante la cual la voluntad dispone de sí misma por encima del tiempo triunfando sobre él. Prometer es disponer de sí mismo en el futuro, o mejor dicho, disponer del futuro de un mismo ahora" (J. Chozza, *Antropología de la sexualidad* [Madrid 1991] 93).

arriesgando un destino común. Según la metáfora de la labranza, los cónyuges se ponen juntamente bajo el mismo yugo —como las yuntas— para caminar en la vida como compañeros, compartiéndolo todo, uno al lado del otro, uno confiado al otro.

En el llamado acto conyugal, corroboran la alianza sellada¹⁶; cada cónyuge abre su intimidad masculina o femenina y entrega al otro la semilla de uno mismo¹⁷. De este modo, crean un espacio de confianza adecuado para la convivencia: el ámbito de la confianza matrimonial, en el que germinará con la venida de los hijos el ámbito más amplio de la confianza familiar.

IV. CONFIANZA PATERNAL Y MATERNAL

El hijo es el fruto más precioso, el desbordarse del amor conyugal, la prolongación de su mutua entrega en un tercero personal¹⁸. Los padres experimentan que el hijo no es un mero producto fabricado o comprado por ellos, que les pertenezca como una posesión. Entienden que es un tesoro valiosísimo, como una perla escondida que se les ha regalado¹⁹. El hijo es alguien, un sujeto de grandeza misteriosa. En su hijo profundi-

¹⁶ "Sexual intercourse is intended by God to be at least implicitly a renewal of the marriage covenant" (J. F. Kippley, "Sex and Marriage Covenant. A basis for morality", en AA.VV., *Why "Humanae Vitae" was Right: a Reader* [San Francisco 1993] 282).

¹⁷ "The greatest expression of a person's desire to give *himself* is to give the *seed* of himself. (...) 'I am yours; I give you my seed; here, take it', is not poetry; it is love. It is conjugal love embodied in a unique and privileged physical action whereby intimacy is expressed — 'I give you what I give no one' — and union is achieved. 'Take what I have to give. This will be a new me. United to you, to what you have to give — to your seed — this will be a new *you-and-me*, fruit of our mutual knowledge and love'. In human terms, this is the closest one can get to giving one's self conjugally and to accepting the conjugal self-gift of another, and so achieving spousal union" (C. Burke, "Marriage and Contraception", en *ibid.*, 157).

¹⁸ Cf. *Familiaris Consortio*, 14.

¹⁹ Los padres creyentes entienden, además, que es Dios mismo el que les ha confiado el hijo que él ha creado. Cf. *Evangelium Vitae*, 43; *Carta a las familias*, 9; G. Angelini, *Il figlio. Una benedizione, un compito* (Milano 1991).

zan en el descubrimiento del misterio de la persona: se conocen recíprocamente de un modo nuevo, como padres²⁰.

Los padres comprenden que se les confía su hijo —precisamente en y a partir del ámbito de su confianza conyugal recíproca—. En la presencia del hijo "escuchan" una llamada, una súplica infantil para que lo acojan en su casa, para que convivan con él y vivan para él; para que prolonguen en él su recíproca entrega confiada.

V. CONFIANZA FILIAL

Seguramente la primera experiencia que tenemos todos los humanos, ya en el alborear de nuestra conciencia, es la ser hijos. Entramos en el mundo traídos por otros; el propio origen y el propio existir nos es dado. La orgullosa pretensión de una autonomía total del sujeto viene desmentida por esta experiencia originaria. Somos desde otros, con otros²¹.

En las primeras etapas de su vida el niño se encuentra radicalmente necesitado de ayuda. La captación de la propia identidad como hijo contiene el saber que se está unido a los padres, que toman a su cuidado a su hijo, que lo aman por sí mismo. Entiende así que no es un producto, una mercancía, un mero bien útil. El hijo —al despertar al descubrimiento de sí mismo y del mundo— percibe que no está solo, abandonado, que está en cambio confiado a sus padres, que puede fiarse plenamente de ellos. La identidad filial básica contiene un saber que la propia vida está confiada en las manos cariñosas de otros, de los padres.

²⁰ Cf. *Audiencia general*, 12-3-1980. Sobre la categoría bíblica de "conocimiento" referida al acto conyugal (que introduce en dicho acto un "arquetipo" personal), véase W. Schottroff, "Yadá", en E. Jenni / C. Westermann (eds.), *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento* (Madrid 1978-1985) I, 942-967.

²¹ La libertad del hombre no es principio de sí misma ni ilimitada, sino conforme a la ordenación del Creador (cf. *Veritatis Splendor*, 35ss.). Al confiarnos unos a otros Dios ha configurado la libertad humana según una esencial dimensión relacional (cf. *Evangelium Vitae*, 19). La proyección al bien del otro, que el Creador ha inscrito en la libertad humana, no la sofoca, sino que la orienta hacia su cumplimiento pleno.

VI. CONFIANZA FRATERNAL

La comprensión de uno mismo como hijo lleva a descubrir a los otros también como hijos. Todo prójimo humano, igual a uno mismo, es "otro yo", hermano. La relación adecuada que ha de establecerse entre ambos no puede ser de desconfianza o de rivalidad. La sensibilidad humana educada en el ámbito de la confianza familiar permite percibir en la presencia del otro el lenguaje, la llamada a la comunión: "No me maltrates; trátame bien; convivamos; fiémonos uno en el otro; busquemos juntos la verdad del mundo y de nuestras vidas". La originaria experiencia fraternal lleva a descubrir que la relación justa entre las personas ha de ser de respeto y mutua confianza²².

VII. CONFIANZA EN DIOS

La fe teologal es fiarse de Dios y de su Palabra. Es confiar la propia vida enteramente en las manos amables y todopoderosas del Creador que se manifiesta al hombre en la Revelación. La búsqueda humana de entender y de alguien en quien fiarse por entero —que caracteriza el anhelo intrínseco y el dinamismo esencial de la persona— se encuentra con el Dios vivo y verdadero que sale en busca del hombre y se fía de él²³.

"La fe cristiana coloca al hombre en ese orden de gracia que le permite participar en el misterio de Cristo, en el cual se le ofrece el conocimiento verdadero y coherente de Dios Uno y Trino. Así, en Jesucristo, que es la Verdad, la fe reconoce la llamada última dirigida a la humanidad para que pueda llevar a cabo lo que experimenta como deseo y nostalgia" (FR 33c *in fine*). La familia cristiana no sólo educa al hombre en esa actitud

²² El creyente comprende, además, que es Dios mismo quien confía a cada uno el cuidado de su hermano, en quien el Creador, de dignidad inviolable, está misteriosamente presente (cf. *Evangelium Vitae*, 19, 76, 81).

²³ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 68, 150, 2566s. Dios se arriesga a ponerse en manos del hombre; se hace vulnerable, esperando ser amado libremente por su criatura. El conocimiento de esta confianza extrema del Señor mueve al hombre a confiarse, a su vez, plenamente.

esencial para la persona y para la sociedad que es la confianza recíproca, sino que le enseña también a conocer a Dios y a fiarse plenamente de Él²⁴. Por tanto, la familia aparece como el ámbito de la confianza originaria de los humanos entre sí y con el Dios personal: es así la primera "comunidad creyente y evangelizadora"²⁵, en la que cada cristiano puede alcanzar la síntesis inicial —y quizá esencial— entre razón y fe.

²⁴ Cf. *Familiaris Consortio*, 51-62.

²⁵ *Ibid.*, 51.